

EDITORIAL

Del 7 al 14 de agosto de 1998 se llevó a cabo en Dublin, Irlanda, el XXVII Congreso Internacional de Limnología. A este evento asistieron cerca de 2.000 participantes, de los cuales 1.176 hicieron presentaciones de sus más recientes investigaciones en los diferentes campos de esta área. De los 75 países que estuvieron allí representados, Estados Unidos, Alemania, Irlanda, Inglaterra, Suecia, Austria, Brasil, Japón y Canadá aportaron el 57% de los trabajos presentados. Diez y siete países más, considerados entre bien y medianamente desarrollados, aportaron el 35%. Por último, el 8% de las presentaciones fueron hechas por 34 países de los considerados en vías de desarrollo (entre éstos, Colombia). Esto significa, en números redondos, que cerca del 50% de los países participantes en dicho evento sólo aportaron el 8% de la actividad científica del evento.

Sobre lo anterior hay que hacer algunas reflexiones. Mientras que la Limnología como ciencia que estudia la vida en los ecosistemas acuáticos comenzó a desarrollarse desde finales del siglo pasado en los países que tradicionalmente han ido a la vanguardia científica y cultural, en los países también llamados del tercer mundo esta ciencia apenas si se menciona, y hace parte de su quehacer científico en un porcentaje muy bajo. Esto es preocupante, máxime si se tiene en cuenta que es en estos países en desarrollo donde los recursos hídricos están siendo destruidos más aceleradamente y donde la causa principal de mortalidad infantil es precisamente de origen hídrico.

Al repasar la historia de la Limnología en los países más desarrollados, vemos cómo sus actividades estaban representadas básicamente en la descripción de sus ecosistemas acuáticos y en la identificación de las especies de plantas y animales que allí habitaban. Un holandés decía, con cierta suficiencia mezclada de nostalgia, que en su país se descubrió la última especie hace 50 años, y que para ellos la taxonomía ya no hacía parte de su actividad científica. Al igual que Holanda, muchos otros países desarrollados están ahora más preocupados por la calidad y cantidad del agua que corre por sus ríos y por la que se almacena en lagos y embalses. Para ello se fundan institutos dedicados especialmente para estos fines. Allí se planifican y ejecutan los más refinados proyectos de investigación, tratando de averiguar la respuesta de las especies más sensibles a los diferentes tóxicos que eventualmente se pueden verter al agua provenientes de las industrias y la actividad agrícola.

Como ya en estos países se dispone de suficiente información y de muy completas bases de datos, se ha puesto de moda la elaboración de complejos programas de computadora en los que se juega a predecir lo que pudiera pasar a una especie o a un ecosistema complejo bajo las

más variadas circunstancias. Son de uso corriente los programas para predecir el comportamiento del oxígeno en un río en recuperación o lo que pasará con él en un embalse durante su época de llenado. Si bien esto funciona en aquellos lugares donde se conoce con certeza el comportamiento de estos parámetros a lo largo del tiempo, también debe considerarse el riesgo que se corre al aplicarlos en otras latitudes sometidas a otros tipos de condiciones climáticas y patrones culturales diferentes en el uso del recurso hídrico. No hay nada más atrevido y peligroso que tratar de imponer modelos ecológicos en otros lugares, donde los elementos y los seres que en ellos viven obedecen a patrones ambientales totalmente diferentes.

¿Cuáles deben ser, entonces, las prioridades de trabajo para los limnólogos en los países en desarrollo? En mi concepto, no queda la menor duda de que la Taxonomía, seguida de la descripción de los respectivos hábitats y de su dinámica ecológica, debe ocupar uno de los primeros lugares. A esta conclusión llegaron 25 biólogos colombianos reunidos en junio de 1996 en la Universidad de Antioquia, en Medellín. Un alto porcentaje de nuestra flora y nuestra fauna acuática está aún por describir. No existen claves para la identificación de anélidos acuáticos, ni de turbelarios, ni de arácnidos, ni de crustáceos, ni de plantas. Para el fitoplancton y el zooplancton, dependemos en gran parte de las claves que nos llegan de otros países, que afortunadamente son válidas en buena parte, gracias a que estos microorganismos son bastante cosmopolitas. En cuanto a los peces casi no se ha avanzado nada desde la aparición del libro "Los Peces del Norte de Colombia", de G. Dahl (1971). De los insectos apenas si se conocen las principales familias y los géneros más comunes. El retroceso que el estudio de la flora y fauna acuática ha sufrido en Colombia en los últimos años se debe en parte a una política estatal, en la cual erróneamente se ha confundido la identificación y el conocimiento de nuestras especies con un simple "inventario", dándole a este término el significado de lo que hace una fábrica o un almacén con sus productos a finales de cada año. Proyectos de esta naturaleza eran automáticamente rechazados.

Los limnólogos colombianos debemos, por lo tanto, decidir cuáles son nuestras necesidades reales de investigación, y darnos cuenta de qué es lo que el país necesita de nosotros. No podemos seguir dejándonos influenciar por los modelos de proyectos que nos llegan de países donde ya todo está hecho. No es que estemos atrasados, como algunos pueden pensar; simplemente estamos viviendo una etapa de la historia que otros ya vivieron y que nosotros estamos en la obligación de afrontar.

Gabriel Roldán Pérez
Director
Comité Editorial